

Píndaro: Elogio de la belleza joven

Nota y traducción de Pablo Ingberg

Los encomiables filólogos de la biblioteca de Alejandría recopilaron, clasificaron y estudiaron la tradición literaria griega. La obra de Píndaro, primero en el canon de los nueve grandes poetas líricos establecido por ellos, resultó reunida en diecisiete libros, de los cuales sólo se conservan los últimos cuatro más o menos completos y apenas fragmentos de los restantes. Así, el poeta que llevó a la cumbre la lírica coral griega nos es conocido fundamentalmente por los epinicios (de *epí*, sobre, acerca de, y *níke*, victoria), cantos consagrados al elogio de triunfadores en cuatro diversas competencias atléticas, de los nombres de las cuales deriva la agrupación en cuatro libros: *Olimpicas*, *Píticas*, *Ístmicas* y *Nemeas*.

Píndaro nació, como Hesíodo, en Beocia, región cuya ciudad más importante era Tebas. Fue contemporáneo de Esquilo: ambos nacieron a principios del último cuarto del siglo VI a.C. y murieron a mediados del siguiente siglo con algunos años de diferencia. De niño se trasladó a Atenas, para realizar su aprendizaje poético y vincularse con la aristocracia local. Sin embargo, luego pasó gran parte de su vida en otras regiones que por entonces formaban parte del mundo helénico, contratado para celebrar con sus poemas a los aristócratas que triunfaban en alguna competencia.

La lírica coral, que Píndaro no inauguró pero llevó a su punto más alto, consistía en poemas, compuestos con predominancia del dialecto dórico, que se cantaban a coro durante las celebraciones triunfales. Los *Encomios*, reunidos en otro libro de Píndaro del que apenas se conservan algunos fragmentos, eran también en su origen composiciones para ser cantadas durante un banquete, aunque finalmente predominó en ese título la idea de alabanza. En uno de los encomios conservados, el poeta ya anciano elogia la belleza del joven Teógeno de Tenedo, en cuyo hombro cuenta la leyenda que él apoyó su cabeza cuando, en el teatro de Argos, lo alcanzó la muerte.

A Teógeno de Tenedo

En su tiempo se debe cosechar
amores, alma mía, siendo joven;
pero aquel que los rayos que destellan
los ojos de Teógeno ha mirado
sin sentir un oleaje de deseo,
forjado en hierro o en acero tiene
el negro corazón

con una fría llama, despreciado
por Afrodita, de vivaces párpados;
o bien violentamente por ser rico
se afana, o con audacia femenina
lleva su alma por siempre como esclavo.
Pero yo a causa de ella,¹ como cera
de las santas abejas

mordida por el sol, ya me derrito
al ver jóvenes cuerpos de muchachos;
y así pues es que Gracia y Persuasión
en Tenedo hoy habitan con aquel
hijo de Agesilao.

¹ “Ella”: Afrodita.